

XIII Jornadas de Historia: Los golpes militares en Argentina



A 30 años del fin de la dictadura del Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983) el Departamento de Historia convoca a un grupo de reconocidos especialistas para reflexionar sobre el lugar y significado de los golpes militares en la historia argentina. Durante dos días historiadores, politólogos, sociólogos y economistas debatirán los aspectos más salientes de las rupturas del orden constitucional en 1930, 1943, 1955, 1966 y 1976 y revisarán algunos de los mitos y lugares comunes de la historia reciente.

Mesa redonda: Liliana de Riz y Pablo Gerchunoff

Presentación de Liliana de Riz.

En primer lugar quiero decir que estoy muy contenta de poder compartir esta reflexión con ustedes y de haber asistido a estas jornadas porque me parece imprescindible partir de un enfoque histórico que permita situar el análisis político en un contexto, en el clima de ideas de una época y en el significado que las acciones tuvieron para los actores en el momento en que se

estaban realizando esas intervenciones. Hemos escuchado análisis muy ricos que evitan la tentación del reduccionismo y los anacronismos.

Con ese telón de fondo, quiero comenzar con una mirada de conjunto a la etapa que comienza en los años 30 y llega hasta el presente, para tratar de comprender la singularidad del sistema político argentino; las continuidades que, más allá de las rupturas, definen sus características. Sin duda, el rasgo que destaca la singularidad de la Argentina en la región es la inestabilidad institucional recurrente. En 1930, un golpe marca el inicio de intervenciones militares sucesivas. Pero el golpe de 1930, que aquí analizara en profundidad Luciano De Privitellio, me parece un punto de partida clave para entender lo que sigue después. Entonces llega a su fin la bonanza sostenida y el país carecía de un diagnóstico claro de su lugar en el mundo y de su futuro, como el que supo tener entre mediados del siglo XIX y 1930. Una dirigencia conservadora ávida de usar en su beneficio la extraordinaria riqueza de la Argentina vio desplazado su lugar en el sistema político. El golpe militar vino a mostrar la resistencia de esa dirigencia a aceptar los resultados de una ley electoral que abrió las puertas del sistema político a los sectores populares. A partir de entonces, será una constante de la vida política argentina el hecho de que cuando los resultados no se ajustan a los intereses de los poderosos de turno, las leyes se suspenden, se ignoran, se manipulan. Ese antecedente de quiebra institucional del 30 deja una marca que no va a ser simplemente la de un episodio singular, ya que será un modo de intervención política que va a tener larga vida.

Un pueblo siguiendo a los golpistas, un golpe que tuvo éxito nadie sabe muy bien cómo, un presidente de un gobierno ya desprestigiado que utilizaba los mismos procedimientos que criticaba; un presidente plebiscitado con una idea unanimista del todo social homogéneo que no tolera la pluralidad, son elementos que habrán de reiterarse. La idea movimientista, la religión cívica que fue el yrigoyenismo, será una constante en la política argentina. Pero más allá del conjunto complejo de factores que coadyuvaron a este desenlace de un golpe exitoso, remedo de un carnaval en la descripción que hiciera Roberto Arlt, yo quiero insistir en la relación de los poderosos con la ley, en este caso, con los resultados de la Ley Sáenz Peña que va a conformar un sistema político. Este rasgo está en la raíz de las dificultades para construir un sistema de parti-

dos. Cuando no se respeta la legitimidad de las partes, y cada partido se identifica con la nación, con el Estado y con el pueblo, no hay criterios compartidos sobre cómo disentir. No hay la necesaria *concordia discors* y los resultados pueden no ser acatados. Desde esta perspectiva, no existe la posibilidad de definir un rol para la oposición ya que como la mayoría encarna al pueblo, la oposición no tiene razón de ser. Si no existe derecho a la oposición, la única manera que encontraron entonces de oponerse fue la de una oposición desleal, es decir, combatiendo por medios no políticos, echando mano al poder de fuego de las Fuerzas Armadas. La politización de ámbitos no partidarios fue el corolario.

Las FFAA pasaron a ser un actor clave del sistema político. Sensibles a los argumentos morales, al contraste entre el bien y al mal como categorías de conocimiento, se autodefinieron como la reserva moral de la nación cuya la misión era ser la tutela del poder político. A partir de 1930 asumirán las que denominaron “tareas patrióticas”, es decir, tareas administrativas y técnicas en el aparato estatal que facilitaron las posteriores intervenciones. La idea de que las FFAA están para salvaguardar la Constitución y que los golpes en la Argentina se hacen para restaurar la democracia que los malos gobiernos traicionan, echó raíces en la dirigencia política y en la sociedad. Este es un rasgo singular que hay que subrayar y que instaaura el golpe del 30. Pablo Gerchunoff seguramente nos dará la clave de lectura del proceso como consecuencia de una gran crisis económica internacional y por lo tanto de una transformación económica y social en curso que va a cambiar a la Argentina y va a poner sobre el tapete, como en el resto de la región, la cuestión social.

El expediente del fraude sistemático, o el “fraude patriótico” como se denominara entonces, es la respuesta a un sistema político abierto en el cual no pueden ganar los poderosos de turno. La amenaza de los frentes populares, de nuevos actores que presionan por ser reconocidos socialmente en el reparto de la riqueza y en el reconocimiento de sus derechos, alimenta el golpe de 1943; una dictadura que nos ha descrito muy bien Samuel Amaral en estas jornadas como una dictadura que se sucede a sí misma y que restablece los mecanismos electorales para la sucesión que va a protagonizar el general Perón. El problema entonces era qué hacer con el mundo del trabajo, cómo enfrentar la cuestión social y la respuesta fue la legitimación de la vía autoritaria

para el progreso social. Perón cambió los términos del conflicto y ya no será la oposición democracia versus totalitarismo, sino justicia social versus injusticia la que organice los conflictos. Los doce años que van desde 1943 hasta 1955 y se cierran con el derrocamiento del peronismo por un nuevo golpe militar, son años de acumulación de los odios de muchos. Con el fin del período de industrialización sustitutiva, con la economía en problemas y la tercera guerra mundial que no llegó, estallaron los conflictos. En clave autoritaria, el movimiento nacional y popular no sólo dividió a la sociedad sino que atravesó a las FFAA. En franco contraste con México, el nacionalismo se escindió del liberalismo. El golpe del 55 va a abrir un largo período hasta el regreso del peronismo en 1973, en el cual no hubo fórmula política estable para resolver el problema de la sucesión que quedó abierto con el derrocamiento del peronismo.

En 1958 Frondizi redefinió los términos del principal dilema y éste pasó a ser desarrollo versus atraso, pero la cuestión peronista – en particular, el triunfo de Frondizi en la provincia de Buenos Aires - bloqueó la continuidad de un presidente vigilado por los militares y asediado por los reiterados planteamientos que le hicieron. Con los votos prestados por el peronismo y emprendiendo la modernización en medio del clima de la guerra fría, en una sociedad que no esperaba nada de los partidos políticos y depositaba sus esperanzas en las FFAA, el desenlace no tardó en producirse con un nuevo golpe. El interregno 1958-1963 es además, el de la lucha armada entre facciones militares. Como bien lo describe Tulio Halperín, es ciertamente asombroso en la Argentina la dramatización de los matices políticos, la exacerbada discordia facciosa al extremo del ejercicio de la violencia. El derrocamiento del peronismo en 1955 con bombardeos a blancos civiles y fusilamientos, había inaugurado el ejercicio de la violencia que se habrá de legitimar como método político ya antes de llegar a 1976.

Con las FFAA escindidas en torno la respuesta para el problema abierto por el derrocamiento del peronismo y con el peronismo proscrito, el gobierno de Illia fue percibido como el resultado de una legalidad falaz por amplios sectores de la sociedad. En el clima de ideas de la época, no había nada peor que la decadencia, y para esta percepción, Illia se movía como una tortuga, era demasiado pausado para alcanzar la anhelada modernización del país. El golpe de 1966 se había discutido abiertamente y para la mayoría de los argentinos era un hecho inevitable.

Las clases medias, engrosadas por nuevos contingentes, fruto de la modernización técnica y cultural iniciada por Frondizi, se hicieron eco del diagnóstico de ineficiencia del gobierno impuesto por una propaganda masiva. La crítica generalizada a los partidos y a la democracia electoral, acusados de no representar a los factores reales de poder de la sociedad argentina, las presiones del sindicalismo y la resistencia del mundo de las grandes empresas sellaron su suerte. No habría “despegue” se creía entonces, sin una conducción centralizada y eficiente. La política como negociación pacífica de los conflictos y transformación gradual de la economía y de la sociedad por la vía de reformas, chocaba con una visión de la modernización como un proceso para cuyo logro todos los medios eran válidos. Los militares pudieron aparecer como una solución menos temible que la decadencia y el caos a los que la sociedad se creía condenada.

El golpe que en 1966 inauguró la denominada Revolución Argentina surgió en el nuevo contexto signado por la doctrina de la Seguridad Nacional dentro de las fronteras y la acción de la Alianza para el Progreso. Se impuso la creencia en que la gobernabilidad de estos países dependía del despegue económico que hiciera posible la teoría de los tres tiempos- el económico, el social y finalmente, el tiempo político. En nombre de la buena sociedad democrática que habrían de edificar, los militares se hicieron eco de dos mitos cuya genealogía decimonónica precisó Halperín en *Una nación para el desierto argentino*. La creencia en que Argentina ha sido beneficiada por la providencia y está condenada a ser una potencia y la idea de que con el control del timón del Estado se puede volver a fundar el país para convertir su potencia en acto. Por lo tanto, si el país no “despega” es porque los gobiernos no saben conducirlo, pero las FFAA se dicen preparadas para tal misión.

En la década que va de 1966 a 1976, los militares modificaron el diagnóstico que inspirara a la Revolución Argentina. El retorno del peronismo y la espiral de violencia que envolvió a la sociedad impulsó la idea de que el desarrollo económico no era ya una condición suficiente. Se trataba de una sociedad a la que los militares consideraban enferma y que debían sanear; había que hacer una operación de “cirugía mayor” porque entendían que el problema eran las ideas y no sólo las armas y ambas eran igualmente peligrosas.

Comenzó entonces otra historia, la del terrorismo estatal a la que se lanzaron convencidos de que el terror pondría fin a los males de la sociedad argentina. Ellos mismos se debatieron en la lucha por el control del poder desde un Estado al que no pudieron dar ni unidad de propósito ni de acción, capturado como estaba por los intereses en pugna.

Los golpes militares fueron el resultado de conspiraciones cívico-militares. En 1958 cayó Frondizi para alegría de muchos radicales y en el 1966 cayeron los radicales para alegría de los frondicistas. Los golpes se hicieron entre conjurados de las FFAA y dirigentes de partidos políticos. Los partidos se ocupaban de tener a sus amigos coroneles y muchos golpes se hacían contando con militares para neutralizar a otros militares. La utopía de la Argentina ordenada gracias a los garantes omnipresentes del orden político descansó en la creencia arraigada en la sociedad de que el conflicto es lo opuesto al orden, Sin embargo, es el orden lo que hace posible que haya conflictos y la violencia, la que lo derrumba.

Una dictadura de terror como fue la instaurada con el golpe de 1976 no logró cumplir con su ideario de “democracia gobernada” que pusiera fin a una sociedad pendular y facciosa. El excelente libro reciente de Alain Rouquié *-Las democracias a la sombra de la dictadura-* examina las democracias de la región a la luz de los legados que dejaron los militarismos. En el caso particular de nuestra transición a la democracia y de la democracia que cumplirá tres décadas, pienso que la sombra del poder militar describe bien sus comienzos. Una transición no negociada en la que el primer gobierno de la democracia vivió bajo la amenaza militar- cuatro asonadas militares en tres años. Raúl Alfonsín llevó a cabo el juicio a las Juntas, pero pagó el precio del desencanto que produjeron las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Menem enfrentó la revuelta carapintada, otorgó indultos e inventó una misión nueva para las FFAA: las misiones de paz en el exterior. Este ejército al que le quitaron el servicio militar obligatorio ya no es el ejército de masas, no tiene nada que ver con los orígenes de Ricchieri y de Roca; es un ejército mal equipado, mal remunerado, muy descontento, que no cuenta ni con recursos ni política de defensa. Y la política de control civil, que es la política de derechos humanos que se iniciara en el gobierno de Alfonsín es insuficiente para definir una política de Estado que de respuesta al interrogante sobre la función de las FFAA.

Con el telón de fondo de una historia de inestabilidad institucional y la continuidad de instituciones débiles, la recurrencia de una concepción de la democracia de mayoría por la cual el que gobierna decide y el que está en la oposición se va a su casa a esperar las próximas elecciones, bloquea toda alternativa de negociar políticas públicas de manera consensuada. Por otra parte, persisten los casos recientes y no tan recientes de cómo se manipulan las leyes ya sea porque se dejan de cumplir o se suspenden. No obstante, hemos dejado atrás las épocas de los golpes y hubo soluciones *paraconstitucionales* y parlamentarias a las sucesivas crisis vividas, sea la renuncia anticipada de Raúl Alfonsín en 1989, sea la sucesión de cinco presidentes en 2001-2002. Sin embargo, inquieta profundamente que así como se recae en una concepción de la democracia para la que la voluntad popular cobra vida en la personalidad de un líder y no hay lugar para el pluralismo, recobre vida la peregrina idea de unas FFAA al servicio de un proyecto nacional y popular. En democracia, las FFAA están al servicio de la nación y bajo la autoridad del presidente que es el Comandante en Jefe. Por lo tanto, adaptarlas a ese esquema democrático es todavía una tarea pendiente si alguien que hoy está al frente de las FFAA se atreve a decir que están al servicio de un proyecto nacional y popular, que en este caso es el proyecto del gobierno de turno. Mi preocupación es que aunque los golpes militares sean un problema del pasado, la sombra de sus intervenciones no se ha borrado del horizonte.

La inestabilidad del sistema partidario, la fragmentación, la dificultad de armar amplios consensos y la carencia de visiones estratégicas siguen aun sin encontrar respuestas. No quiero concluir estas reflexiones sin recordar que cuando uno consulta la *Revista de Ciencia Política* creada a propósito del Centenario y dirigida por Rivarola, asombra que los temas que hoy nos preocupan- el *hiperpresidencialismo*, la discusión sobre el parlamentarismo, los problemas de los sistemas electorales y de la democracia representativa de partidos ineficaces, están ya analizados en sus páginas.

Insisto en que me han parecido muy útiles estas jornadas, he aprendido mucho y no creo que podamos entender el funcionamiento del sistema político y de los actores políticos, sin un

enfoque histórico que nos muestre aquello que permanece y aquello que cambia, porque creo que ha permanecido mucho más de lo que a muchos de nosotros nos gustaría. Ésta es una sociedad que se agita en la superficie pero cambia poco en las placas más profundas.

Muchas gracias.

Presentación de Pablo Gerchunoff.

Los organizadores de estas Jornadas creyeron que había que hablar de economía, lo cual me coloca en una situación complicada porque no sé qué hay que decir de economía sobre todo esto, yo creo que ya se dijo prácticamente todo. (Alieto es testigo de época). Yo estaba mirando los temas que tratamos, es decir, los episodios que tratamos, y me preguntaba tres cosas sobre ellos; me voy a atener, es decir, voy a ser disciplinado y voy a hablar de economía. Me preguntaba tres cosas sobre ellos. La primera es en qué contexto cada uno. La segunda es cuál era la coyuntura económica en el momento del golpe, pero como coyuntura de corto plazo, ¿se trataba de una dinámica caótica o era algún tipo de desequilibrio administrable? Digo desequilibrio porque obviamente no vamos a pensar que en alguno de esos casos todo andaba maravillosamente bien, aunque yo estoy tentado de decir que en algunos de ellos andábamos bastante bien. Y la tercera es si los que arman todo el barullo y hacen el golpe tienen alguna visión sobre el progreso del país, es decir, una cosa más de largo plazo. Y me encuentro con lo siguiente, que el episodio del '30 y el episodio del '43, para la Argentina particularmente -por supuesto eso ocurriría en muchos otros lugares-, se dan en el marco de la depresión y la guerra, en un sentido muy amplio. De los comienzos de la Depresión, en el caso del golpe de septiembre del '30, no tan comienzos de la Depresión, algo que para un caso como el de la Argentina venía desde mediados del '28; y de la guerra en el segundo caso, quiero decir, en el caso del '43. Depresión y guerra. Mi impresión es una mirada ex post, dicho así, porque la verdad es que ni aquellos que estaban siendo desplazados ni los jóvenes oficiales que estaban llegando en ese momento, digo el día 6 de septiembre, ni tampoco sus jefes, tenían la menor idea de hacia dónde iba el mundo. Sabían que estaba habiendo un lío, un lío económico, pero mucho después le vamos a poner a eso el nombre de "Gran Depresión" y vamos a saber una cosa más, vamos a saber que eso es el fin de un régimen económico. Pero cuidado porque nosotros cuando decimos el fin de un régimen económico -esto me lo enseñaron los historiadores- cuidado con ponerlo el día 6 de septiembre, o el día anterior, o el día siguiente, porque la verdad lo que se sabía es que estaba ocurriendo una calamidad. Yrigoyen sabía, porque alguien se lo informaba, que los precios del trigo estaban bajando, que los capitales

se estaban yendo, que la tasa de interés estaba aumentando, en una economía extraordinariamente abierta y que por lo tanto sufría muy duramente una situación de ese tipo. Y lo interesante –lo interesante en todo caso para abonar la idea de que el golpe de Estado tiene... hay que enriquecer la idea de por qué fue el golpe de Estado con elementos que no vienen de la economía- es que, la verdad es que la reacción de Yrigoyen fue notablemente interesante; hay un artículo que se publicó en *Desarrollo Económico* de un muchacho que se llama Martín Campos sobre el punto que quiero hacer, que es el hecho de que Yrigoyen cierra la Caja de Conversión, quiero decir, elimina los canales de funcionamiento del patrón oro en diciembre del '29, esto es, muy temprano. Ex post cualquiera diría es lo que había que hacer. Bueno, Yrigoyen lo hace muy temprano. Lo hace tan temprano que Argentina termina siendo, según algunos cálculos que nosotros alguna vez con Lucas hemos tomado, el país con mayor cantidad de oro per cápita del mundo. Y vaya que los que siguieron, digo el golpe primero y después el gobierno de Agustín P. Justo también, vaya que hicieron uso de eso. Digo, se pagó deuda externa, no se declaró el default en buena medida por ello; Argentina es el único país, ya hablando durante el gobierno militar y el gobierno de Agustín P. Justo, durante la década del '30, no declaró el default; pagó la deuda religiosamente. Y además, ese oro también sirvió más tarde para el salvataje del sistema financiero; y ni que hablar que también sirvió para financiar al propio sector público durante los años '30. Quiere decir que hay una decisión del “viejo inútil”, que estaba en un momento ya “mentalmente agónico”, hay una decisión que es totalmente crucial para entender lo que viene después. Y cuando llega septiembre de 1930 ciertamente que la economía es una economía deteriorada, una economía que tiene problemas, pero yo no diría que es una economía que tiene problemas particularmente más graves que muchos de sus vecinos, y que muchos otros países del mundo, y que muchos países mucho más desarrollados también. La picardía, sí, consistía, desde el punto de vista de la cooperación del golpe del '30, que, yo miraba los diarios de la época, para el momento de la caída de Yrigoyen; miraba *La Nación*, miraba *La Prensa*, *Época*, pero también *Libertad*, qué sé yo, los socialistas independientes, todos. Una cosa interesante es que a nadie se le ocurre decir que estamos en una crisis mundial. La idea es que todo lo que está ocurriendo en la Argentina es producto de errores propios. Cristina se queja todo el tiempo de esto; vivimos una crisis y no nos comprenden. El único tema aquí es que ni siquiera Yrigoyen tenía idea de cuál era el tipo de cri-

sis que se estaba viviendo. Y por eso mismo, la otra cosa que quiero decir sobre ese proceso, -yo decía, el contexto, la coyuntura y la visión del progreso argentino que eventualmente puede tener el grupo militar que se hace cargo-. Yo digo, no tenían la menor idea. Lo que viene después es un proceso de “aprender haciendo”, que desde el punto de vista macroeconómico termina recién a fines de 1933 con la tecnocracia ilustrada de Pinedo y de Prebisch, y con el régimen de control de cambios sofisticado y corregido que ponen en marcha en ese momento, y con los permisos previos de importación que juegan un rol muy importante, todo bienvenido. Todo bienvenido porque hacía falta. No siempre hacen falta; a veces uno mira esos instrumentos y resulta que no siempre hacen falta; cuando no hacen falta uno, los llaman anacrónicos. En este caso no estamos hablando de herramientas anacrónicas. De modo que Yrigoyen se fue en un golpe militar que se parece a un... carnaval, era? Que se parece a un carnaval, decía ayer Luciano de Privitellio. Que se parece a un carnaval, en donde muy pocos tienen idea de lo que vendrá, así como muy pocos tienen idea de las repercusiones institucionales y políticas de largo plazo. No se les puede pedir a Yrigoyen y a los radicales de la época que tengan ideas claras. Ayer Luciano decía, “alguna vez usted vio un radical con alguna idea?” Un poco fuerte realmente. Porque finalmente se trataba de Yrigoyen, se trataba de un movimiento nacional y popular. Los movimientos nacionales y populares no tienen por qué tener una idea sistemática. Como Groucho Marx, “yo tengo esta idea; si no le gusta, tengo otra”. Yo tengo Perón, y si no le gusta, tengo Menem; y si no le gusta, tengo Kirchner. [risas] Y entendamos que el radicalismo, y en eso sí que coincido totalmente con Luciano, el radicalismo de esa época era un poco PAN, bastante PAN, bastante Partido Autonomista Nacional, y bastante lo que vendrá, bastante peronismo, no? De modo que... ¿saben qué? El problema en todo caso con el radicalismo es cuando, después, el que se fue a Sevilla, perdió su silla, y le quitan el lugar del movimiento nacional y popular, y se convierte en un partido demócrata liberal, nunca termina de asumir que es un partido demócrata liberal. La nostalgia de ser la expresión de lo nacional y popular es una nostalgia que llega hasta ahora. Colgar el retrato de Alvear en la sede de la Unión Cívica Radical es una operación difícil [risas] Y ahí sí uno puede pedirle al radicalismo, bueno, ahora sí, si sos un partido demócrata liberal y te das cuenta de ello, hacete cargo, es decir, tené algunas ideas básicas y coherentes. Pero en el momento en que se va Yrigoyen no le pidamos eso. Perdón Luciano, no está acá. No le pidamos eso porque eso que se

va es otra cosa. El *unicato*, el mismo término que se había usado para Juárez Celman, es otra cosa. Entonces es un drama muy enredado el de este primer golpe. Un contexto internacional que cambia; una crisis como tantas otras –me refiero a la coyuntura- y un futuro del cual no tenemos la menor idea.

El golpe del '43 me parece que es un poco distinto. Primero, debo creer que es un poco distinto porque conozco casi nada, pero alguna cosa creo que sí puedo decir del golpe del '43. Y lo que puedo decir del golpe del '43 es que, independientemente de que el personal económico que usa sigue siendo el mismo de antes, porque Santamarina en el Ministerio de Hacienda, y en Banco Central intocado. Hablo del golpe, me entienden? No hablo del peronismo. Hablo de los años '43 y '44. El Banco Central intocado; Bosch en la presidencia; Uriburu en la vicepresidencia; el representante del Poder Ejecutivo es el mismo. Independientemente de eso, yo lo que creo es que ahí hay, uno, sin duda alguna, una completa disonancia entre el golpe y la coyuntura económica. No pasaba nada. No pasaba nada; eran en todo caso los avatares de la guerra; la Argentina exportaba demasiado para lo poco que podía importar y su desesperación, a diferencia de lo que vendrá más tarde, es que no podía importar, y por tanto, le sobraban las divisas, y no sabía si esas divisas le iban a servir en el futuro, y esas eran las inquietudes. La inquietud en todo caso era, me empiezan a sobrar divisas. Y cuando alguien dice en todo caso me empiezan a sobrar divisas, obviamente la arquitectura que se arma es “quiero gastarlas”. Y en qué la van a gastar los militares? Y los militares que ahora sí tienen claro lo que el '30 significó. El '30 significó la autonomía de la nación. Esto es, en términos económicos, la industrialización autarquizante. El GOU tiene eso en la cabeza. Me contaba Alieto antes de que él mismo hiciera su intervención, que los ingenieros militares nunca manejan, o llegan a la jefatura o la comandancia de la fuerza, [Intervención del público: “Salvo Galtieri”]; contesta PG: “Bueh, casi nunca llegan...”] pero que son gente de mucho prestigio que da ideas, y la idea es efectivamente la industrialización autarquizante, en una coyuntura en donde no es obvio que todo el mundo tiene que estar pensando lo mismo. El golpe del '43 se produce un tiempo después de que Pinedo tuviera la extraordinaria idea de viajar a Río de Janeiro y proponerle al gobierno brasileño la Unión Aduanera del Sur, esto es, ¿qué buscaba Pinedo? Escala para la industria. Pero si estaba buscando escala para la industria, iba a

tener que negociar con los brasileños, y negociar con los brasileños significaba una cosa muy dramática para un militar argentino. Significaba que nuestra siderurgia no iba a ser nuestra; iba a ser la siderurgia de Vargas. Y si iba a ser la siderurgia de Vargas, entonces eso ya hacía ruido con la visión que ahora sí ya estaba formando en el aparato militar: la visión nacionalista, industrialista y autarquizante que se estaba formando en el aparato militar. Y mucho más después, quiero decir, '43, '44, allí comienza el debate sobre qué va a ser después de la guerra. Y las ideas de que después de la guerra –porque Unión Aduanera del Sur forma parte del famoso Plan Pinedo, no? Lean el artículo de Juan Llach al respecto, muy interesante-. Lo que va a aparecer después es una cosa que tiene que inquietar a muchos de estos militares. Va a aparecer la idea de “¿y por qué no vamos por el camino de la especialización?”, “¿por qué no vamos hacia –no mucho, moderadamente- una economía un poco más abierta?”. Bueno, eso se clausura. No quiero entrar en detalles porque ya sería entrar en detalles sobre el gobierno peronista y no es ese el punto. Pero que en el gobierno militar está este gesto sobre qué quiere decir progreso económico, industrialismo nacionalista y autarquizante, eso a mí me parece que está claro; y está claro en documentos del GOU que uno puede conocer.

El tercer golpe, el cuarto y el quinto, y cuando digo el quinto, hago énfasis en eso porque yo creo que en una de esas, no estoy muy seguro de que Liliana esté de acuerdo con lo que voy a decir del quinto, pero en todo caso después lo charlamos... El tercer golpe, el cuarto y el quinto son desde el punto de vista del contexto –primer punto, el contexto- los treinta años gloriosos. Son, si se quiere, no la guerra, sino la paz –llamo paz a la Guerra Fría-, por lo tanto el comercio que renace, porque la primera víctima de la guerra no es la verdad sino el comercio, o en todo caso, simultáneos. Digo, no la guerra, sino la paz y además un progreso económico que parece indefinido, un crecimiento como pocas veces vio la humanidad en su historia, si alguna vez vio un progreso económico de este tipo, y además muy difundido fuera de la experiencia del socialismo real que es otra historia económica. Entonces yo digo, eso es el eje que vertebra todo lo que va a ocurrir desde entonces. ¿Qué es el golpe del '55? Porque, a ver, desde el punto de vista del contexto hay un cambio, pero atención: Perón ya vio ese cambio. Hasta hace poco yo estaba convencido de que lo había visto en 1952, porque entre otras cosas en 1952 Eisenhower cambia la

doctrina y dice “los viejos nazis no me importan nada”. No quiero decir que Perón era nazi pero para los norteamericanos podía ser que sí. “Los viejos nazis no me importan nada, lo que me importan es que sean anticomunistas”. Y resulta que Perón era anticomunista y encajaba. Viene Milton Eisenhower en 1953 y Perón lo recibe con una Ley de Inversiones Extranjeras. Y lo recibe además con un plan de ordenamiento, de estabilización y desarrollo –uso la palabra-, estabilización y desarrollo, que va a tener un problema, enseguida vamos a ir al problema. Hace poco se me ocurre que eso no puede ocurrir en el ’52 sino en el ’49; por lo menos Perón empezó a darse cuenta de que había problemas en 1949. Patética coincidencia si se quiere, porque 1949 es el año de la reforma constitucional. Constitución nueva que va a hacer prácticamente imposible las reformas que en ese mismo momento comienza a pensar. Si él está pensando “me sobregiré” desde el ’46, en el ’49 ya piensa que algo debe cambiar. Pero no que algo coyunturalmente debe cambiar, si no que está pensando en lo que uno hoy llamaría una crisis de desarrollo. “Ya no puedo seguir por el mismo camino”. Perón pensaba que ya no podía seguir por el mismo camino. Y digo que Perón comienza esto pero con una restricción y es que para llevar adelante el cambio era muy difícil no lesionar los intereses de corto plazo de su masa de votantes. Esto es, para hacerlo era muy probable que tuviera que bajar el salario real. Era muy probable que ese ajuste estructural llevara a una situación distinta. Era el fin en todo caso de una industria que demandaba tanto trabajo, lo que los economistas llamamos una industria trabajointensiva. Para los años cincuenta y pico cada vez menos; para los años sesenta ya mucho menos todavía. Entonces Perón instala un problema que no puede resolver. Después va a caer en un escenario –segundo punto de corto plazo, ¿qué tenemos que decir de eso? La economía estaba creciendo; la inflación había bajado desde el ’52; estaba creciendo desde el ’54, ’55, nada muy extraordinario; para los parámetros argentinos, nada muy extraordinario, y no quiero hablar del futuro; para los parámetros del propio peronismo, una inflación muy moderada. Yo lo he escrito hace muchos años, Perón no cayó por una coyuntura crítica, por una dinámica caótica, por un desequilibrio no administrable. No es así, no es así. Así que busquemos en las iglesias, en las quemadas de las iglesias, en donde quieran, pero desde mi punto de vista, no busquemos en la economía. Y tampoco busquemos en los golpistas del ’55 una visión para operar en términos de qué quiere decir progreso argentino, no porque no la tuvieran -no estoy seguro- sino porque ese golpe militar se autolimitó muy seve-

ramente. Dijo claramente “vamos a elecciones” y el problema económico, si existe algo que yo puedo llamar “crisis de desarrollo”, “lo resolverá el que viene, pero no lo voy a resolver yo”, “no voy a ser yo”, dice Aramburu. Es tanta la debilidad que se autoimpone en ese aspecto que, a ver, para ilustrarlo, primero, un gobierno que tiene una Junta Consultiva ya está diciendo que se define como gobierno débil. Segundo, un gobierno que tiene dieciséis ministerios... bueno, está bien, uno puede decir que la fragmentación de los ministerios puede ser la decisión de un presidente fuerte. No es el caso; ahí es una autolimitación. Dieciséis ministerios, ocho de ellos del área económica: tres ministros de Hacienda, uno de Finanzas, uno de Industria. El de Industria, de paso, se llamaba Álvaro Alsogaray y era el vocero del proteccionismo porque por algo era el Ministro de Industria, vocero de un proteccionismo que nunca abandonó; tengan en cuenta eso; Alsogaray, que después va a participar de otros eventos, Alsogaray es muchas cosas en cuestión fiscal, gasto público, impuesto, pero de ninguna manera un liberal en términos de apertura o cierre de la economía, más proteccionismo, menos proteccionismo. Cuento rápidamente que una vez yo tuve que compartir una mesa con él sobre la industria automotriz en la Argentina; estaba convocado por ADEFA; yo presenté mi papel; él presentó su papel; mi papel desapareció; nunca dijeron que existía; nunca lo publicaron. El papel de Alsogaray fue publicado porque era un himno a los mecanismos protectivos de la industria automotriz; y esto hace relativamente poco – a mi edad uno dice relativamente poco a cosas que ocurrieron hace veinte años- [Risas] ¿Qué quiero decir? Lo que hizo Aramburu es poner pausa en una discusión que Perón ya había abierto, y después termina, y sigue la película: aparece Frondizi. Ganó Frondizi. Yo no sé qué hubiera pasado si ganaba otro; yo creo que si ganaba otro, no creo que el rumbo hubiera sido tan distinto en materia económica, o si no hubiera sido distinto, hubiera sido parecido al de Frondizi un poco más tarde. Frondizi –ahí sí me quiero detener un poquito porque marca la historia de los dos siguientes golpes militares- es una cosa extraordinaria, por eso mi papá lo quería tanto [Risas] Tenemos muchos papás que lo querían mucho. Era modernización en un contexto proteccionista, porque eso no cambió nada; Frondizi siguió siendo un hombre de la economía semicerrada, como Alsogaray, como Perón, a ver, era eso que se llama consensos de época, bueno, llamémoslo así, un poco rimbombantemente, consenso de época. Y Frondizi tiene eso, el desarrollo en un contexto proteccionista; nuevas industrial para lo cual necesita capital extranjero (en eso es me-

nos autarquizante, es decir, necesita de la inversión extranjera) y esto quiero subrayarlo, en un contexto democrático. Modernización y democracia, lo que le gustaba a mi papá: juntar modernización y democracia. El hecho de que no hayamos discutido el golpe –el golpe, lo quiero llamar así- del 62’-’63, a mí me parece que es una pérdida para este seminario, pérdida que ocurrió simplemente porque tampoco se pueden tratar todos los temas; no tenemos tiempo para tratar todos los temas. Pero ese golpe es el final de la ilusión, de la ilusión desarrollo-democracia. Profundización de la industrialización y democracia. Entonces, yo no sé cómo meter a Illia acá; como ella metió a Illia acá, yo voy a decir, “entonces vino Illia”... así como yo dije recién, Frondizi pudo haber llegado más tarde, Illia llegó en ese momento y me parece que la visión del progreso que estaba presente ahí, no era la de Illia. Lo cual facilitó mucho –esto lo dijo Liliana hace un ratito- el golpe militar del ’66 porque ahí, mirándolo desde la economía, es un golpe que no tiene ningún sentido desde el punto de vista de los desequilibrios del corto plazo. Pero sí, de nuevo, tiene inflación, tiene inflación creciente. Podía hacer un plan de estabilización; hasta los radicales hacen planes de estabilización, me consta, participé de catorce de ellos [Risas] Pero alguien entonces se va a tener que hacer cargo de lo otro, que es de la visión del progreso. Y la visión del progreso es hagamos desarrollismo –aquí coincido totalmente con lo que dijo Liliana-, hagamos desarrollo industrial, profundicemos el desarrollo industrial, capital intensivo con inversión extranjera, con estabilidad social, con paz social, reprimiendo un poco... moderadamente [Risas], suspendiendo a los sindicatos, pero fíjense cómo. A ver, devaluó fuerte y pongo retenciones pero compensatorias del total de la devaluación. Hago una devaluación y al campo no le di nada en el primer momento y después gradualmente le voy dando de a poquito. Eso fue lo que hizo un señor muy ilustrado, muy cepalino y muy sofisticado que se llamó Krieger Vasena, que ya había participado de la revolución del ’55. No es lo único que ocurre en los sesenta, pero es un nudo muy crítico. No quiero entrar porque si no sería contar toda la historia, en por qué fracasó todo eso, y por qué se va al diablo y por qué vuelve el peronismo; quizás haya razones más bien políticas para entender esto. A lo que sí quiero ir es a lo siguiente. Dije hace unos pocos minutitos que el eje vertebrador desde el punto de vista del contexto internacional era los treinta años. El último golpe militar que se trató en estas jornadas es el golpe del ’76. Yo quiero hablar muy poco del golpe del ’76 porque a la altura de mi vida me parece que es el presente y yo me

dediqué a la historia económica por cobardía frente al presente, entonces no voy a hablar. Solamente quiero decir una cosa de ese golpe militar, una cosa que sí me parece que es interesante. Es como cuando alguien toca la puerta y quiere entrar cuando la fiesta está terminando. Quiero decir que el golpe militar del '76 fuera de la barbarie, fuera de la sangre, fuera de lo que se habló hace un ratito nomás, es el canto del cisne del desarrollismo. Estoy hablando del golpe; no estoy hablando de lo que pasó en el '79-'80. Estoy hablando del golpe. Yo los invito a ustedes a los que tengan ganas, a repasar y leer con atención el discurso del 2 de abril de 1976 de Martínez de Hoz. Martínez de Hoz es por otra parte, sí un hombre de campo, pero un hombre de Acindar, y un demócrata cristiano, a quien, si no entiendo mal, le pidieron que tenga cuidado con el desempleo. Pero ese discurso tiene todo el sabor del discurso de Frondizi de enero del '59. Es un plan de estabilización y desarrollo, en medio de una violencia brutal y con algo que podía... porque la pregunta que uno se hace -y con esto voy terminando- es ¿y por qué repito la historia? ¿Por qué si me salió mal antes ahora ocurre que vuelvo a intentar algo que parece lo mismo que lo del '66 diez años después? Es que yo creo que la visión ahí es la siguiente. Como decía Perón, no, perdón, como decía Aricó [Risas], el peronismo es una vaca en la vía... A ver, en la visión de los militares, lo que estaba pasando ahí es que Perón se había muerto. ¿Y muerto el perro se acabó la rabia? No; había otra rabia muy fuerte dando vueltas. Pero si ese gobierno podía disciplinar, aplastar la rabia, y armar la arquitectura de la disciplina de la que habló tan brillantemente Adolfo Canitrot en dos artículos, entonces aquello que nos salió mal en el '66, nos puede salir bien en el '76. Se ataron mal los cordones de los zapatos; no supieron gestionar la herencia, aquí sí, de desequilibrio macroeconómico muy fuerte que dejó el gobierno peronista, a pesar de las mentes brillantes que hubo en un momento cerca del final. Y no lo supieron hacer. Y al no saber hacerlo, se enredaron en una gestión macroeconómica que junto con los vientos de cambio que venían del mundo los llevó a algo que lo miramos desde lejos y creemos que es el rasgo distintivo en los inicios del golpe. Y no lo es. ¿A qué me estoy refiriendo? Me estoy refiriendo a la reforma estructural, que son términos de fin del período; son términos del '79 en adelante. Quiere decir, ¿apertura económica? ¿Apertura a los mercados de capitales? ¿Privatizaciones? Yo diría bastante moderadamente empiezan a aparecer. Aún en ese contexto, la apertura económica que ensaya Martínez de Hoz es una apertura económica que, vista en perspectiva, es muy moderada, muy

gradual. Lo que pasa es que en medio de la apreciación cambiaria que ocurrió, producto de la mala gestión en el proceso macroeconómico, todo termina en un desastre. El desastre es el fin de mi cuento.